

Soledad Villenl

## MI ABUELA, MI GRAN MAESTRA

Hola, amigos:

Soy una persona desconocida. No destaco por grandes cosas, ni siquiera soy excelente en las rutinas diarias. Soy una persona normal y corriente.

Pero hay algo que me hace ser y sentir diferente. Sí, algo que me enseñó mi abuela. Os lo quiero contar.

Yo tenía una abuela que me quería un montón, como todas las abuelitas quieren a sus nietas. Pero ella no era tan encantadora y feliz como esas que aparecen en los cuentos. Su vida no tuvo nada que ver con esas maravillosas historias. Cuando jovencita, tuvo que dedicarse a trabajar en la casa, porque estaba muy mal visto que las hijas se fuesen a estudiar. Ella, no obstante, siempre sacaba tiempo libre para ir, en ocasiones a escondidas, a casa de una maestra que había en el pueblo y que enseñaba a niñas y jovencitas a leer, escribir y algo de cálculo matemático. Contaba que tenía tanto interés por aprender, que la maestra, cuando veía que faltaba a clase, paseaba por las cercanías de su casa y se hacía ver, con la intención de dejarle un libro para leer. Cosa que mi abuela siempre agradeció.

Se casó y tuvo hijos e hijas, pero se juró que éstas últimas estudiarían y sabrían más que ella si ese era su deseo.

Todo iba bien hasta que por fatalidades del destino, se le vino encima una cruel y sangrienta guerra civil. Horror, pánico y desolación que se sumó al abandono del marido, que, viéndose indefenso y asustado huyó, dejándola sola con dos hijos y tres hijas.

Difícil es poder llegar a imaginar el sufrimiento de mi abuela en aquel tiempo... Pero no creáis que se rindió. Qué va. Ella planchaba, cosía, lavaba y lo que hiciese falta mientras sus hijos e hijas las mandaba a la escuela. Cuando llegaba, cansada y agotada,

ella sacaba fuerzas para ponerse a leer con su prole. Contaba que era el momento más feliz del día, estar rodeada de sus hijos, los mayores y las pequeñas. Compartían lo más destacado que habían hecho en el día, y leían un poquito, primero los mayores, mientras permanecían escuchando las más pequeñas, que esperaban su turno para leer su “cartilla”. En ocasiones eran textos de la escuela, otros de la biblia, o de periódicos ya pasados de fecha, pero leían.

Mi abuela siempre decía que *cuando leemos, somos un poquito más libres y más ricos, pues viajamos a lugares maravillosos, vivimos situaciones bellas y aprendemos que la vida es algo más que lo que a diario nos ocurre* estemos donde estemos, el cual a veces puede ser como una gran cárcel.

Para ella, la vida se reducía al trabajo diario para sacar adelante y “alimentar” a sus hijos. Aunque para mi abuela esa alimentación no era sólo física, muy importante, sí, pero no suficiente. La mente y el espíritu de sus hijos también tenían que ser alimentados a diario. Un cuerpo se compone de cuerpo y alma, por lo que había que alimentar ambas cosas.

Ella siempre creyó que *un niño o una niña pobre sería menos pobre siempre que poseyese un libro*. Se sabía pobre materialmente, pero no de espíritu. Y este pensamiento lo mantuvo vivo hasta el final de sus días. Así, sus hijos crecieron muy humildes, pero siempre tuvieron un libro para leer a su alcance y, aunque poco tenían, no se consideraron nada pobres.

Pasaron los años, la vida siguió, pero para algunos de sus hijos, porque por el camino perdió a dos, su más pequeña y su hijo menor. Duro golpe que le pasó factura con el paso del tiempo.

Los últimos años de su vida coincidieron con mi bachillerato. Fue entonces, cuando mi abuela empezó a confiarme muchos de sus saberes. Al principio, era normal que me pidiese que fuese yo la que le leyese, pues estaba perdiendo la vista a causa de una severa diabetes, pero me fui dando cuenta de que lo que realmente estaba haciendo era delegando en mí toda esa pasión y confianza que ella tenía en los libros, en la lectura, en el saber. Algo que, sin darse cuenta, ya lo había hecho, desde que de pequeña me contaba cuentos por las tardes, y cuando ya era más mayor y sabía leer por mí misma, me regalaba esos mismos cuentos escritos.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

De forma siempre muy sutil, firme y alegre, mi abuela nos fue enseñando a respetar a las personas, a la naturaleza que nos rodea, a valorar la vida, la alegría del estar juntos... Valiéndose siempre de una lectura, mi abuela nos enseñó infinidad de cosas y nos dio a conocer mundos que nunca ella había visitado, pero de los que podía hablar como si los conociese, porque había leído sobre ellos.

Su legado ha sido realmente muy importante: *el gusto del placer por la lectura y el saber*, el ser consciente de que *en los libros se encuentra todo un mundo por descubrir siempre en nuestras manos*.

Hoy día, yo soy maestra. Y es a mi abuela a quien yo más le debo serlo, pues fue ella, la “maestra” que me enseñó a “leer”, a leer de verdad, sabiendo encontrar en toda la lectura una fuente de disfrute y riqueza interminable.

En mis clases siempre hay un tiempo privilegiado dedicado a la lectura, y a mis hijos les intento inculcar lo mismo. Creo que lo estoy logrando cuando veo que me piden que les lea algo, cuando piden comprar con sus ahorros un nuevo libro, cuando el rato de lectura en clase es el máspreciado y deseado, cuando las familias me piden consejo para comprarles libros a sus hijos e hijas.

A todas las personas, por el solo hecho de serlo, se les debería respetar el derecho a la educación, camino inequívoco a la libertad.

**La  
Gran  
Lectura**

